

# HACIA UNA CULTURA DE COMUNIÓN

*Giuseppe Maria Zanghì*

“Nuevos horizontes de la Economía de Comuni3n”  
Congreso Internacional, 10-12 septiembre 2004

Hablar de comuni3n es hablar de unidad. Pero de una unidad que vive de la distinci3n, una unidad din3micamente movida por una tensi3n que la recorre entera hasta aquietarse en ella.

De hecho, la historia de la cultura humana es la historia de una tensi3n continua entre las formas en que se daba la imagen del Uno, pero en ausencia de la realidad del Uno – de como el Uno es realmente -, y las intervenciones a trav3s de las cuales el Uno mismo se daba en la historia, desvelando progresivamente su realidad mediante sus profetas. Estos “hombres del Uno”, que mantenían siempre abierto un pasadizo para pasar “del no-ser al ser, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la inmortalidad” (*Bṛhadaranyaka Upanishad*), abrían boquetes de realidad en la irrealidad y de verdad en la mentira; seńalaban espacios de libertad, caminos distintos por los que aventurarse. Pensemos, por ejemplo, en la obra de Buda con respecto al hinduismo esclerotizado de su tiempo, o en la fuerte acci3n de los profetas de Israel con respecto a la rigidez de los ritos o a la sacralizaci3n de la polítca. Pero lo irreal, el ídolo, siempre volvía a cerrar esas rendijas de luz, volviendo a tejer su tela y tratando de encerrar dentro de ella, vaciándolas, las palabras de verdad de los “hombres del Uno”.

Para mí, como cristiano, la apertura de la verdad del Uno en la historia encuentra su vértice en ese especialísimo profeta suyo que fue Jesús de Nazaret. El Uno, en su anuncio, ya no es un vértice absoluto apartado en su soledad inalcanzable, sino que se abre y se revela como comuni3n de lo que llamamos Personas divinas. Y precisamente al revelarse se hace alcanzable, porque él mismo es comuni3n de personas, es amor; y se aparta de la soledad en la que el hombre lo pensaba: si no es solitario en sí mismo, tampoco es solitario con respecto a las demás alteridades.

En este Uno-comuni3n es donde tiene sus raíces la cultura de comuni3n, que es, a pesar de todas sus intensas sombras y duras contradicciones, la forma de la cultura de Occidente.

Precisamente hoy, en este tiempo nuestro tormentoso y áspero, se hace más intensa la necesidad de la comuni3n: El Occidente se busca intensamente a sí mismo, busca su verdadero yo. El camino de la unidad, de la comuni3n, no siempre consciente pero siempre real, nos interpela, a veces con angustia.

Es el camino por el que la misma cultura de la Europa de los “viejos parapetos” (por usar una expresi3n de Rimbaud<sup>1</sup>) deberá ser llevada más allá, y donde deberán ser desafiadas las otras grandes culturas.

---

<sup>1</sup> Da “Le bateau ivre”.

Debemos pasar – y en esta dirección ya nos estamos moviendo – de una cultura que ha dado mucha importancia a la sustancia, al *qué*, a otra cultura que ponga en el centro a la persona en su ser comunión que supera la individualidad, al *quién*, pero sin caer en el abismo de la nada, que ha sido y es la gran respuesta conclusiva de la modernidad a la metafísica de la sustancia.

¿Qué, quién, hay *bajo la sustancia*? El *ser*, ha respondido el Occidente. Pero ¿qué es el ser? ¿cómo lo pensamos? La *nada*, ha respondido y responde, de distintas maneras, el Oriente. Pero ¿qué es la nada? ¿cómo podemos pensarla?

¡En ambos casos el pensamiento entra en agonía!

Surge entonces una gran propuesta: el Amor, la esencia del Absoluto cristiano, la Trinidad, debe convertirse en la categoría fundacional y fundamental del pensamiento, de la cultura de Occidente. El amor, no como sentimiento ni como realidad psíquica, sino como estructura profunda de lo real, de todo lo real.

El Amor – este es el secreto – que es síntesis de ser y no-ser. En efecto, para mí ¿qué quiere decir amar, sino darme y sin reservas? ¿O debería decir: haciéndome nada? ¿Pero no es precisamente en ese darse donde el amor *es*? Entonces, por una original alquimia, en el darse (= no-ser) del amor, el amor es. ¡El verdadero rostro del ser se revela!

¿Y qué es el amor, cuando se hace pensamiento?

El *ser*, como máximo absoluto, conduce al pensador a la soledad, perdido en el abrazo consumidor de este ser-Uno. El *no-ser*, a su vez, tiende a acabar con el pensar, y si puede esperar una luz interior, no puede pensarla ni decirla.

En cambio, el amor es *comunión*, porque es *darse a alguien*. Y si ese darse alcanza la reciprocidad en el libre retorno del don, nuestro pensamiento respira en el gran mar de la vida. Las categorías de este pensamiento, más que las *abstractas* del pensamiento del ser y las *negativas* del pensamiento del no-ser, son las de lo *concreto*, es decir lo real en cuanto vivido en la comunión que lo constituye y que la palabra manifiesta en esta relación, comunión, leída dentro de la relación-comunión entre nosotros, criaturas humanas.

Para que esto sea posible, la palabra debe hacerse *ligera* al máximo (pienso, cristianamente, en la Palabra en cruz), para recibir toda la densidad del amor, y convertirse en icono transparente y, a la vez, en vehículo del amor.

Desde este punto de vista, la economía, por ejemplo – permitidme osar – se convierte en ciencia-del-arte-del-don: ese don que, teniendo como forma el amor, es todo y sólo gratuidad. Una gratuidad que, precisamente en la reciprocidad, se convierte en economía. La consistencia de los bienes, como la de las palabras, también debe hacerse ligera, hasta convertirse en icono y vehículo del amor como forma de comunión social. Así pues, no se trata de la privacidad dura de la posesión, que recae en el yo y dilata su infeliz soledad y su angustia; ni tampoco de invertir como sujeto de la posesión a un colectivo que siempre es menos real que los sujetos que lo componen. Se trata de la comunión personal del dar-recibiendo y del recibir-dando, en la que el bien económico se convierte en rostro del Bien absoluto, de la Trinidad de Personas que es intercambio de Amor.